



CELIBATO

UN TESTIMONIO DE LA DIGNIDAD HUMANA

Roberto Bosca
Profesor de la Universidad Austral

Cada vez que aparece algún episodio -últimamente tan dolorosamente frecuentes- relacionado con la sexualidad en el clero, no falta quien vuelve a plantear la antigua discusión sobre el celibato. Estos casos resonantes, en efecto, hacen pensar a mucha gente bienintencionada, pero a lo mejor poco conocedora de la naturaleza de lo que se cuestiona, que sería mejor quitar la regla antes que adecuar (arreglar) los comportamientos a ella.

Tan sencillo como pensar que suprimiendo el código penal, se soluciona automáticamente el crimen o considerar que eliminar un objetivo valioso y deseable ayudará a lograrlo o mejorará las cosas. Hay que tener confianza en la capacidad de superación de las personas y quienes han mantenido estas convicciones son quienes más han ayudado al progreso de la humanidad.

La tentación del facilismo

Cuando los crímenes se multiplican a nuestro alrededor, a nadie se le ocurre quitar el código, aunque algunos han llegado a proponer el desvarío de que habría que matar a todos los delincuentes. Al contrario, lo razonable ante la infracción o lesión de una norma no es suprimirla, sino arbitrar la forma de que ésta pueda servir a la comunidad, procurar que las personas adecuen su comportamiento a ella, mejorándolas en su modo de ser. Esto puede parecer en ocasiones algo utópico, pero es el único camino honestamente realista y sobre todo el único verdaderamente humano.

Esta tentación abolicionista ni la violación de la regla del celibato son ciertamente algo nuevo, por otra parte, en la bimilenaria historia de la Iglesia, sino que tienen una larga data. Desde el primer hombre, la realidad del pecado es una constante en el devenir histórico, y no se ve que ella vaya a abandonar a la humanidad, al menos mientras el hombre siga siendo hombre y la mujer, mujer.

Hasta cierto punto es explicable que se renueven los cuestionamientos al celibato, aunque no lo sea tanto que quienes suelen cuestionar la regla ... no son muchas veces los interesados. Algo tan pintoresco como que los cristianos se pusieran a opinar sobre la conveniencia del ritual de la circuncisión de los judíos, los musulmanes o los masai. Difícilmente una oposición al celibato provenga de personas con una verdadera vida de fe, más bien al contrario.

Resulta comprensible por lo demás que en una sociedad hipersexualista, que ha hecho del sexo una verdadera obsesión, sea difícil comprender el valor de una vida célibe, incluso dentro de la Iglesia, donde una cultura neopagana, e incluso materialista y relativista también ha influido en la mentalidad de no pocos cristianos. En las

sociedades islámicas, en cambio, auténticos valores de la sexualidad humana no han sido manipulados de la manera grosera que vemos se hace en la cultura occidental, donde se advierte que el sexo ha adquirido la forma de una caricatura de sí mismo, al haber sido degradado por un espíritu mercantilista y hedonista.

Son muy admisibles todas las opiniones (aunque en ocasiones se eche de menos un poco de fundamento en lo que se escucha, ¿no?), pero a uno le entra la tentación de hacer un llamado a la reflexión, exhortando a cada uno a que se ocupe de su casa y no andar metiendo la nariz en la del vecino, a veces, reconozcámoslo, de una manera un tanto descomedida. Es lo que los abogados llaman falta de legitimidad o de personería para actuar.

Pero aun admitiendo, si nos ponemos estrictos, que la libertad de expresión debe ser reconocida también en este caso, se trata de un asunto salpicado de equívocos que suelen terminar en la confusión. El motivo de que esto suceda es que no se conoce tampoco muy bien la razón de ser de la regla, ni sus condiciones, ni su naturaleza.

Una de las tantas ideas erróneas que circulan en este tema es vincular el celibato al orden sacerdotal, cuando en realidad se trata de una condición posible a cualquier clase de fieles, como ha sido una realidad desde las primitivas comunidades cristianas.

Otra opinión tan común como infundada reside en la creencia de que se trata de una regla impuesta para evitar que por ese camino se perdieran los bienes materiales eclesiásticos. Sostener esto es desconocer el significado y el sentido de las creencias religiosas en el espíritu humano y suele esconder más bien una visión materialista y hostil a la dimensión religiosa de la existencia.

El servicio de la fe

Menos ignorada es la realidad de que no estamos aquí ante una exigencia vinculada a la estructura constitucional del sacerdocio. Se trata entonces de un asunto disciplinar y no dogmático, puesto que no es una regla de derecho divino, pero al mismo tiempo no se puede dejar de lado como si fuera el producto de una situación determinada que ya habría sido supuestamente superada.

El celibato no es siquiera tampoco algo privativo del cristianismo, sino que se encuentra en una enorme variedad de expresiones religiosas a lo largo de toda la historia de la humanidad. Se trata de un valor venerado en mayor o menor medida en todas las grandes religiones del mundo.

En el mensaje cristiano no implica una desvalorización o menosprecio del matrimonio, como lo prueba el mero dato de que, en él, la alianza conyugal fue elevada a la categoría de sacramento, o sea que este amor humano es considerado algo sagrado, nada menos. El celibato es una expresión de la excelencia de la vida espiritual y un reflejo de la naturaleza divina, a imitación de Jesucristo.

Los teólogos lo consideran un signo escatológico, en cuanto constituye un adelanto del mundo futuro. En el cristianismo el celibato no es algo obligatorio ni nunca

lo fue. Se trata de un consejo evangélico libremente asumido por un número incontable de fieles cristianos a lo largo de la historia que constituye un verdadero tesoro de la Iglesia.

No hay aquí entonces ninguna imposición arbitraria o caprichosa de defensa de la tradición. Solamente se puede decir que él ha sido desde el principio tradicionalmente recomendado como un estado de vida más perfecto para quien Dios llama a vivir en esa condición.

Miles y miles de vidas entregadas por completo a los demás, en un servicio irrestricto no sólo a los propios hermanos en la fe sino a todos los hombres, a la entera comunidad humana, así lo testimonian. Representa la opción por un estilo de vida que se elige libremente, por amor a Dios y a las almas, como una entrega de servicio a la totalidad del género humano. Por eso defender el celibato es un verdadero aporte a la humanidad.